



¿Guerrilla unisex? Ser mujer u hombre en el conflicto guatemalteco a partir de testimonios de combatientes

Unisex guerrilla? Being woman or man in the Guatemalan conflict according to testimonies of fighters

NATHALIE NARVÁEZ

UNIVERSITÉ BRETAGNE OCCIDENTALE-BREST · nathalienarvaez@yahoo.fr

Profesora, traductora e intérprete, miembro del laboratorio *Héritages et Constructions dans le Texte et l'Image* (EA 4249) de la Universidad de Bretaña Occidental-Brest. En la actualidad lleva a cabo una investigación sobre la representación de la violencia en testimonios de mujeres sobre el genocidio de los Tutsi de Ruanda y las violencias de masa en Guatemala.

RECIBIDO: 16 DE NOVIEMBRE DE 2015

ACEPTADO: 1 DE DICIEMBRE DE 2015

DOI: 10.7203/KAM.6.7280

ISSN: 2340-1869

Resumen: A partir de los testimonios de combatientes guatemaltecos: *Autobiografía de una guerriglia* (Ramirez, 1969), *Los días de la selva* (Payeras, 1980), *Rosa María, una mujer en la guerrilla. Relatos de la insurgencia guatemalteca en los años sesenta* (Paiz Cárcamo, 2015), *Mujeres en la alborada* (Colom, 1998) y *Ese obstinado sobrevivir. Autoetnografía de una mujer guatemalteca* (Arriola, 2000); el texto analiza los posibles cambios acaecidos en las relaciones de género en la sociedad guatemalteca durante y después de la gesta revolucionaria.

Palabras clave: Género, testimonio, Guatemala y estereotipos.

Resumen: The text analyses the testimonies of Guatemalan combatants : *Autobiografía de una guerriglia* (Ramirez, 1969), *Los días de la selva* (Payeras, 1980), *Rosa María, una mujer en la guerrilla. Relatos de la insurgencia guatemalteca en los años sesenta* (Paiz Cárcamo, 2015), *Mujeres en la alborada* (Colom, 1998) y *Ese obstinado sobrevivir. Autoetnografía de una mujer guatemalteca* (Arriola, 2000). Did the ideals of the revolution change anything in gender relations ? What kind of changes, if any, took place during and after the war ?

Palabras clave: Gender, testimony, Guatemala, stereotypes.

Los estereotipos e ideales inscritos en nuestras mentes son modelos que rigen nuestros comportamientos y afectos. Estos “prêts-à-penser” difícilmente son modificados aunque sean percibidos como nefastos al bienestar, individual o colectivo.

El escritor británico Rudyard Kipling, investido por el modelo heroico del guerrero decimonónico, instigó a su hijo a participar en la primera guerra mundial. Intercedió por él para que fuese aceptado entre las filas a pesar de la aguda miopía por la cual había sido declarado inútil para el cuerpo militar. En la primera batalla en la que participó, resultó muerto. Rudyard Kipling dejó de lado la propaganda bélica y sin superar el tremendo dolor causado por la muerte de su único hijo varón, se volcó a criticar irónicamente las estrategias de la Triple Entente, buscando culpables, cambiando ideales, modificando las vistas. El ideal del guerrero heroico y la imagen misma de la guerra fueron puestos en tela de juicio¹. Los múltiples conflictos del siglo XX han sido momentos en los que los estereotipos sociales, el ideal masculino –a menudo guerrero pero también el estereotipo del vencido- y el ideal femenino, se han visto cuestionados y, a veces, modificados.

Presentamos en este artículo un rápido recorrido por testimonios de hombres y mujeres guatemaltecos combatientes: *Autobiografía de una guerriglia* (Ramirez, 1969), *Los días de la selva* (Payeras, 1980), *Rosa María, una mujer en la guerrilla. Relatos de la insurgencia guatemalteca en los años sesenta* (Paiz Cárcamo, 2015), *Mujeres en la alborada* (Colom, 1998) y *Ese obstinado sobrevivir. Autoetnografía de una mujer guatemalteca* (Arriola, 2000). Observaremos qué sucede en el caso de la guerrilla, cuya ideología reivindicaba, entre otras cosas, la igualdad para todos². ¿Fue así en los hechos?, ¿cuáles fueron los principales cambios con respecto a las normas sociales en período de paz?, ¿cómo lo cuentan los propios protagonistas?, ¿qué fue de las relaciones de género después?

La pregunta del título de este artículo no es retórica. En tiempos de guerra, las normas vigentes hasta entonces parecen suspenderse y asistimos a transformaciones en los modos que los individuos tienen de relacionarse. La guerrilla como espacio nuevo, reorganizador de funciones sociales, porque

¹ Sus escritos quedan recogidos en dos antologías: *New Army in Training* (Kipling et al. 1915) y *France at War* (Kipling, 1915), esta última reeditada en su versión francesa (Kipling et al. 2014). Un nuevo discurso emergía pues, aunque no impidió un segundo conflicto bélico mundial.

² La idea de igualdad de géneros aparece ya en el manifiesto comunista de Marx y Engels. La nueva sociedad no podrá ser más que con la liberación de la mujer: “El burgués, que no ve en su mujer más que un simple instrumento de producción, al oírnos proclamar la necesidad de que los instrumentos de producción sean explotados colectivamente, no puede por menos de pensar que el régimen colectivo se hará extensivo igualmente a la mujer. No entiende que de lo que se trata es precisamente de acabar con la situación de la mujer como mero instrumento de producción” (Marx y Engels 2013, p.73) Esta concepción de una sociedad igualitaria será retomada por los manifiestos de los distintos grupos de izquierdas revolucionarios, en este caso guatemaltecos.

estas se modifiquen o porque sean atribuidas a otros individuos, podría verse como un espacio adecuado o destinado tanto para los hombres como para las mujeres.

Por ejemplo, durante la primera guerra mundial las mujeres europeas pudieron ejercer como jefes de familia, *munitionnettes* -las que reemplazaron a los hombres en las fábricas de armamento-conductoras de tranvía e incluso como auxiliares de la armada³. Algunos hablaban ya del “alba de una civilización nueva”, “[del] advenimiento de la mujer a la vida nacional” (Thébaud y Perrot, 1986: 16) dando a entender que las relaciones se transformaban de manera perenne y estable. Durante la guerra, la enfermera es el estereotipo que mejor encarna la “devoción femenina”, tomando forma de ángel o madre. Sin embargo, a la hora de construir los memoriales, de establecer listas de muertos en combate, los nombres de mujeres desaparecen y vuelve a producirse la histórica ablación de la memoria de género, como la califica Amelia Valcárcel⁴. Todo un sector de la población cuyos individuos son definidos como mujeres se ve obligado a retomar las funciones sociales que le eran asignadas antes del conflicto.

Algunos historiadores (*c.f.* Thébaud y Duby, 2002) consideran que la guerra ha frenado los movimientos de emancipación femenina de principios del siglo XX. Los roles reasignados tras ella han seguido los ideales de la virilidad y de la femineidad del siglo anterior. El mito del hombre viril valiente, noble, protector y dispuesto a dar su vida por la patria sigue alimentándose. El ideal femenino complementario es el de la mujer purificada, revelada a sí misma y a los demás, conscientes de su naturaleza profunda y de sus deseos, fuente de amor eterno, una imagen que encarna el ideal decimonónico. Vuelve a ponerse de moda el mito de la mujer salvadora y consoladora, ya que la mujer nueva representa un peligro y suscita el miedo a la “masculinización” de las mujeres.

A pesar de ello, las experiencias vividas no pueden ser borradas de los cuerpos ni de las mentes y una memoria soterrada permanece viva para algunos. La confianza adquirida en sí mismas, la movilidad, la impresión de una permeabilidad entre géneros y de un posible intercambio de los roles, deja huella en los espíritus y en la sociedad. Los discursos oficiales, las instituciones, hacen uso de una retórica conservadora en lo que a diferenciación genérica se refiere, y las transgresiones que parecían normalizarse son recaladas como excepcionales. Las mujeres responsables de sí mismas, autónomas, libres e independientes no son el modelo promulgado. Sin embargo, esta experiencia de libertad y de responsabilidad ha dejado también su impronta en la pareja moderna donde la realización puede pasar de ser patrimonial a ser individual.

³ (Thébaud y Duby, 2002 : 86) “Aunque la enfermera se haya mantenido dentro del estereotipo que mejor encarna la “devoción femenina”, tomando forma de ángel o madre”.

⁴ Citada por Ana María Cofinño en el epílogo del testimonio de María Ramírez *La guerra de los 36 años* (Ramírez, 2000)

Si bien la guerra permite transgresiones, estas son coyunturales y no tienen por qué establecerse en la sociedad tras el conflicto.

El primer texto en publicarse es el de Ricardo Ramírez, alias comandante Rolando Morán, en italiano en 1969 *Autobiografía de una guerriglia* (Ramírez, 1969), y en francés en 1970 *Lettres du front guatémaltèque* (Ramírez, 1970). En él explica cómo se ha desarrollado la lucha hasta entonces, las discrepancias nacidas en el seno de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, la formación del Ejército Guerrillero de los Pobres y su orientación y perspectivas, finalizando con un retrato detallado del fallecido comandante Luis Turcios Lima (1941-1966). De estilo sobrio, es más un manual político para prepararse a la lucha que un diario o un libro de memorias. Le sucede el libro ganador del Premio Testimonio Casa de las Américas en esa categoría en 1980, *Los días de la selva* (Payeras, 1980) de Mario Payeras alias Benedicto. Este es un texto práctico y a la vez poético, de gran poder estético. Es un libro de memorias (Payeras, 1980: 63) donde relata la incursión del EGP en la selva del Ixcán, para extenderse hacia el resto de El Quiché, Huehuetenango y alcanzar Alta Verapaz a principios de los 70.

Las publicaciones de los hombres aparecen como textos explicativos de la gesta guerrillera, para dar a conocer lo que sucede en el otro lado del charco, para crear y afianzar redes internacionales que luchen por los mismos ideales y para atraer fondos para la “causa”. Recordemos que estamos en años de Guerra fría, los Estados Unidos temen la propagación del comunismo sobre todo en países donde se abastecen de materias primas. La revolución cubana por su parte ha avivado las esperanzas de cambios factibles, aunque ya empiezan a verse las fallas del sistema, un mal ejercicio del poder por parte de los hombres de la cúpula.

Las mujeres publican más tarde, a pesar de que escriban su testimonio antes, como es el caso de Mirna Paiz Cárcamo. Escrito en 1969 *Rosa María, una mujer en la guerrilla. Relatos de la insurgencia guatemalteca en los años sesenta*⁵ no será editado hasta el 2015. Yolanda Colom y Aura Marina Arriola no publican hasta 1998 y 2000, respectivamente. Sus testimonios, o mejor dicho, memorias, autoetnografías o cartografías de experiencias relatadas desde la madurez y la edad del “postconflicto”, son relatos reflexionados, trabajados, cuya función es la de recordar, la de traer al presente estas vivencias que de otra forma hubiesen perecido en el transcurso del ciclo de la vida, desapareciendo con los cuerpos que las vivieron. Narraciones en primera persona, enunciando la experiencia atípica de las mujeres en la gesta guerrillera, en contraste con las de los hombres; porque la de ellos es la universal, es la hegemónica, es la que se escribe y publica en nombre de todos, en pos de la guerrilla y de los ideales revolucionarios.

⁵ (Paiz Cárcamo, 2015) Este es el primer relato de manos de una mujer en la guerrilla.

Figuras de la mujer y el hombre en la guerrilla

Vamos a analizar el tratamiento de la figura de la mujer en los textos antes citados en contraposición al de la figura masculina. Prestaremos especial atención a la forma narrativa testimonial empleada por los distintos autores y daremos pistas para explicar el cambio de paradigma literario operado entre unos y otras.

En *Cartas desde el frente guatemalteco* la única mención que se hace de mujeres es la de Ivonne Flores, muerta por accidente con Luis Turcios Lima (un guerrillero presentado como ejemplar al que se le dedica un capítulo entero), así como la de otra mujer que se encontraba con ellos, pero que se salvó, y de la que no se da el nombre (por seguridad). El hecho de que haya mujeres actuando en la revolución no es resaltado y el ideal del revolucionario es masculino, encarnado por el fallecido combatiente, imagen del hombre nuevo guevarista.

Si la guerrilla nace de la voluntad de cambiar el sistema político-económico para instaurar una nueva sociedad, la ideología subyacente profesa la llegada del hombre nuevo cuyo ejemplo paradigmático es Luis Turcios: luchador, defensor de sus ideales y de sus valores, imagina y participa en crear un mundo mejor, un mundo nuevo. Es íntegro, tolerante, respetuoso, de voluntad tenaz, con fuerte sentido de la responsabilidad. Comprensivo y empático, inteligente, cultivado, enérgico, capaz de reflexionar y de cuestionarse a sí mismo.

La primera característica en ser resaltada es la del mestizaje, español-indígena, en un momento en que las filas revolucionarias quieren integrar a los indígenas en la lucha. Su conjunción en una figura permite presentarla como modelo para todos: “Bajo su apariencia muy europea se disimulaban elementos particulares a la psicología india”⁶. Es consciente de sus debilidades y de sus fuerzas, es honesto consigo mismo y con los demás, voluntariosos. Es un ser donde los opuestos se complementan y se funden en un todo “orgánico”, adjetivo que recuerda al intelectual gramsciano⁷, aquel que aúna fuerzas y actúa en crear condiciones propicias para una nueva hegemonía y la transformación de la sociedad civil. El todo “orgánico” calificativo de Luis Turcios apunta a su capacidad de involucrarse en la tarea práctica de construir la sociedad empuñando las armas a la vez que trabajando su mente y su espíritu para llegar a ser “un hombre nuevo”.

⁶ (Ramírez, 1970 : 166) Traducción nuestra. “Sous son apparence très européenne se dissimulaient des éléments particuliers à la psychologie indienne”.

⁷ El intelectual tradicional es el literato, el filósofo, el artista y por eso, nota Gramsci, “los periodistas, que retienen ser literatos, filósofos, artistas retienen también ser los verdaderos intelectuales”, mientras modernamente es la formación técnica la que sirve para formar la base del nuevo tipo de intelectuales, un “constructor, organizador, persuasor”, que debe llegar “de la técnica-trabajo a la técnica-ciencia y a la concepción humano-histórica, sin la cual permanece especialista y no se vuelve dirigente”. (Gramsci, 1967: 27)

“Nervioso, imaginativo, de una inteligencia lúcida, dotado de un espíritu de iniciativa rápido y de una desbordante energía Turcios era también muy delicado y capaz de pasiones diametralmente opuestas” (Ramírez, 1970:167). Aúna en su fuero interno características femeninas y masculinas, lo que hace de él un personaje modelo. De esta forma, puede entender y asimilarse tanto a mujeres como a hombres, tanto a ladinos como a indígenas. Es presentado como un prototipo, en la medida en que es un modelo perfectible. Es valiente y solidario, dispuesto a sacrificarse por la causa, en definitiva, un aspirante a héroe.

Esta imagen contrasta en gran medida con el estereotipo de hombre vigente en esos tiempos y las identidades masculinas tal y como eran encarnadas en el día a día. En los testimonios de Aura Marina Arriola y de Yolanda Colom podemos leer que la sociedad guatemalteca es machista, independientemente de las ideas políticas que profesen los individuos. Algunos incluso actúan de manera contradictoria, declarándose de izquierdas o bien, al contrario, liberales⁸; adoptan un comportamiento conservador en la esfera privada. Por ejemplo el padre de Aura Marina Arriola, abierto de miras, culto, viajero, adopta una actitud de dominación y pretende que su hija le obedezca y asuma los parámetros de vida que él le impone⁹. Las relaciones genéricas son asimétricas, es un hecho, y cambiar su naturaleza es tarea complicada.

En *Los días de la selva* se hace poca mención a las mujeres en el frente, a pesar de que las hubiese. De hecho, las memorias de Mario Payeras y las de Yolanda Colom parecen no relatar la misma experiencia guerrillera. Si en las primeras se hace una simple mención al hecho de que hubo mujeres en la selva, en las segundas es la experiencia en tanto que mujer y guerrillera la que prima, tanto a nivel individual como colectivo. La narradora relata su experiencia en la lucha: los primeros años de construcción del Ejército Guerrillero de los Pobres, EGP, 1973-1974; y de su vida en la montaña hasta 1978, aunque su militancia en el EGP duró once años y nueve años en Octubre Revolucionario. Veinte años de militancia y veintidós de clandestinidad absoluta, hasta 1995, año de la muerte de su compañero.

Su relato se centra en los primeros años de instalación de la guerrilla en el noroeste del país: la integración de los indígenas a las filas y las primeras reivindicaciones por su parte

⁸ Empleamos aquí el término en el sentido de “Partidario de la libertad individual y social en lo político”, sexta acepción del Diccionario de la Real Academia.

⁹ En el capítulo II Aura Marina Arriola describe la figura paterna: “Mi padre era, como buen ladino –mestizo-, sumamente contradictorio, como lo es todo en Guatemala. Lo era porque, por un lado, luchó contra las dictaduras y tuvo un pensamiento liberal. [...] Pero, por otro lado, mi padre fue terriblemente conservador –diría reaccionario- en su vida cotidiana, en relación con sus hijas, su mujer, sus amantes. Concebía a la mujer como alguien necesitado de un soporte, de una protección. El día que me preguntó por qué no iba a misa y yo le respondí que era atea, me dijo que eso no era posible porque una mujer necesita de la religión como unas muletas. Y él había sido masón y se decía ateo y anticlerical” (Arriola, 2000:17).

Poco a poco y por propia voz, las mujeres fueron expresando lo que pensaban y querían para ellas. Las tres demandas que primero levantaron fueron la alfabetización, la lucha contra el maltrato de los hombres y contra el alcoholismo. La castellanización y el aprendizaje de la lectura y la escritura fue, de todas, la primera (Colom, 1998: 136).

La gran diferencia entre ladinos e indígenas, entre urbanitas y campesinos, entre clases, se escribe a partir de la mirada de una joven determinada que dio su vida por unos ideales. El libro narra su vida en la selva hasta que la organización decide darle una misión en la ciudad y, muy a su pesar, ha de dejar la montaña.

Bajo esta mirada, la guerrilla ofrece a las mujeres “una perspectiva de trabajo y de vida radicalmente nueva” (Colom, 1998: 120) y la narradora expone las diferencias con la vida anterior: “A las mujeres nos planteaba el reto de desarrollar funciones, habilidades y conocimientos nuevos en los campos de la política, lo militar, lo agrícola y lo organizativo.” (Colom, 1998: 120) Destaca el hecho de que en la montaña no había segunda jornada para las mujeres, ni relego a las funciones tradicionales. De hecho, las mujeres incurren en actividades tradicionalmente masculinas, como la caza y la pesca, y se equiparan a los hombres en la supervivencia en la sierra y en la selva, en el manejo de armas, en las expediciones peligrosas.

En la organización, algunos dirigentes y militantes, cuestionaban valores como el machismo, la opresión de la mujer, la doble moral, el tabú sexual, el mito de la virginidad... Se trata de establecer nuevas relaciones entre los géneros, pero la experiencia les confronta a una realidad patriarcal que habían subestimado. Por ejemplo, en una de las formaciones en la montaña al respecto de la intervención de las mujeres y del cambio que era necesario operar en las relaciones entre hombres y mujeres, al pedir la intervención del público que recibía la formación, un compañero indígena se levantó y pidió la palabra:

Este compañero empezó diciendo: “La compañera tiene razón”, luego enumeró con sorprendente fidelidad las razones que habíamos dado para fundamentar la igualdad y la participación de las mujeres. Me sentía feliz, porque los planteamientos se habían entendido y un dirigente me daba la razón. Y esto era clave para determinar la actitud de los demás. Sin embargo, mi felicidad duró un suspiro, pues serio y tranquilo prosiguió: “De ahora en adelante, pues, ya no les vamos a pegar a nuestras mujeres con machete, porque a veces bolos, en vez de darles planazos, les damos filazos y las herimos. De ahora en adelante, cuando nos enojemos con ellas, solo les vamos a pegar con varejón de guayaba (Colom, 1998: 149).

Si bien acontecen ciertos cambios impulsados por el deseo de modificar radicalmente las relaciones de género hacia una igualdad total, las diferencias siguen vigentes ya que transformar los estereotipos y esquemas de percepción, comprensión y actuación es tarea ardua, difícil y larga.

¿Cambios duraderos?

El proceso de estereotipación es necesario para el entendimiento. Entendemos el mundo a través de la acción de la semiotización de la realidad, de dar sentido a nuestros estímulos o a su ausencia, adjuntándoles componentes cognitivos y afectivos. Somos seres sociales y en función de nuestro punto de vista culturalmente situado, los conceptos creados adquieren un componente comportamental: adoptamos una actitud específica frente a lo percibido, pensado, sentido. Los estereotipos son producidos, consolidados o debilitados por el discurso: presentan una parte de fluidez o de maleabilidad que solo es visible en diacronía y en largos periodos históricos. En el último siglo los estereotipos del hombre y de la mujer han evolucionado, en relación a los diferentes grupos socio-culturales y su situación geográfica y política (Bergère et al. 2006; Bergère et al. 2006; Anón, 2005; Equipe, 2012; Thébaud y Duby, 2002; Anón, 2007; Mosse y Hechter, 1997; Revenin y Corbin, 2007; Guareschi y Guerri, 2007; Connell, 1995; Welzer-Lang y Zaouche-Gaudron, 2011).

La guerrilla ha sido uno de los factores de cambio de las relaciones genéricas en Guatemala, aunque estos tomen tiempo. Mirna Paiz Cárcamo hablaba ya de los incipientes cambios de comportamiento de las mujeres que se iban produciendo en las zonas rurales, en su testimonio escrito en 1969:

Como se dice en Guatemala, a la mujer siempre se le ve de menos... De ahí la ruptura de lazos y limitaciones que han perdurado por siglos, aunque solo fuera realizada por una minoría de mujeres en cada aldea, tenía para nosotros la importancia de demostrar a los ojos de la población que mucho cambiaría también en las relaciones sociales y que la dinámica revolucionaria de nuestro movimiento era vitalmente renovadora (Paiz Cárcamo, 2015: 158).

Yolanda Colom, en una entrevista personal que tuvimos ocasión de realizar, hace hincapié en el afianzamiento de las mujeres indígenas, en su *empoderamiento*. Si antes no eran capaces de tomar la palabra en público o de moverse libremente en ambientes mixtos, ahora pueden incluso convertirse en líderes de comunidades.

La igualdad de géneros promulgada en la guerrilla es una oportunidad para las mujeres de demostrar que ellas también pueden realizar un tipo de trabajo altamente valorado en sociedad: defensa del grupo, defensa de los derechos y valores. La vida en la montaña es, además, un reto para estas mujeres que se incorporan al destacamento:

Pero las dificultades no eran solo en las relaciones. Antes dije algo en torno a mis temores de no responder físicamente a la situación en la guerrilla. Ahora sería fácil decir que mis temores eran infundados, que todo fue bien, como en efecto sucedió. Pero la verdad, no es fácil habituarse a la vida guerrillera, convertirse en combatiente (Paiz Cárcamo, 2015: 123).

Todas las autoras de testimonios publicados provenían de la ciudad antes de *alzarse* (incorporarse a la guerrilla en la montaña):

Hay una serie de obstáculos a salvar antes de ser en verdad un guerrillero. La montaña no es cosa de broma, no es un paseo de fin de semana, precisamente. Para una mujer de la ciudad, que se ha formado prácticamente dentro de las capas medias, como es mi caso, esto significa que hay que aprender casi todo de nuevo, viendo las cosas con ojos distintos, descubriendo en una misma nuevas cualidades y debilidades que se hace necesario fomentar o superar (Paiz Cárcamo, 2015: 123).

Estas palabras de Mirna Paiz recrean la situación y la postura de las mujeres combatientes en los albores de la revolución. Ellas son o serán “guerrilleros”: el uso de este término en masculino para calificar a una mujer, como si fuese un epiceno, muestra la parte de inmovilidad genérica subyacente al rol consignado. A pesar del substrato patriarcal del empleo de este vocablo, la ideología revolucionaria promueve o aspira a la equidad, “en la guerrilla hombre y mujer son iguales: compañeros” (Paiz Cárcamo, 2015: 169), escribe la primera mujer en la montaña.

Aun así, un punto que sí destaca como profundamente diferenciador es la maternidad. No tanto por el deseo de tener hijos, pues este es compartido por los hombres llegando incluso a ser el de ellos el que impulse a sus respectivas compañeras a procrear¹⁰; sino por el hecho de embarazarse, con lo que ello implica física y psíquicamente: el período de gestación, el parto y el período de lactancia, en el que el bebé depende completamente de la madre.

Cada una vive de manera particular e individual esta situación. Yolanda Colom se ve confrontada al derrumbe de su ideal de maternidad frente a la experiencia cotidiana del cuidado del bebé:

¹⁰ Está en juego aquí el ideal de masculinidad, la virilidad, que en este contexto pasa por ser padre, cuanto más de un hijo varón.

Si bien estaba feliz con mi hijo, antes del primer mes se me había derrumbado la imagen idealizada de la maternidad que inconscientemente había interiorizado. Me parecía agotador dar de mamar frecuentemente de día y de noche, cambiar pañales a cada poco, sacar al aire al bebé luego de que comía. Sentía que era la de nunca acabar, a pesar de que mi madre y mi abuela estaban al lado y que yo no lavaba los pañales ni realizaba tareas domésticas esos días (Colom, 1998: 23-24).

A pesar de ello se siente feliz con su hijo y sufre al tener que dejarlo con otras personas para seguir con su vida de militancia:

Pero esas rupturas fueron y siguen siendo dolorosas. Si las realicé y las mantengo es porque las características de mi experiencia militante y las circunstancias políticas de mi país así lo aconsejan. A la fecha han pasado dieciocho años de separación. Los dos años iniciales se han multiplicado por muchos. (Colom, 1998: 91)

Aura Marina Arriola, al contrario, “sintió profundamente la maternidad” con su segundo hijo “el Cacho”. Ella narra su experiencia: “por muy dura que parezca esta reflexión, creo que toda mujer debe tener solo aquellos hijos que realmente desea, que busca con plena convicción procrear por el amor que tiene a su pareja” y prosigue “tener hijos en situación de guerra civil implica demasiados traumas, tanto para el hijo como para la madre, que muchas veces no se pueden resolver sin costos demasiado fuertes” (Arriola, 2000: 44). La cuestión de la procreación, incluso impulsada por los hombres continúa siendo una experiencia eminentemente femenina. Así, ella misma reproduce este “monopolio”, interpellando en el resto de su discurso sobre el tema:

las mujeres europeas contemporáneas, que no hicieron las resistencia contra los nazis y aún muchas mujeres latinoamericanas que nos juzgan desde la comodidad de su lucha política teórica que es toda su vida, no entienden absolutamente la praxis de las mujeres del Tercer Mundo que tienen que pelear, parir, amar, odiar, luchar dentro de sus propias organizaciones para que su voz sea escuchada; salir adelante solas y no morir destruidas o locas en el intento, además de soportar, si tienen hijos varones, que estos se identifiquen con el machismo de los padres (Arriola, 2000: 44).

Ser mujer en la guerrilla en la década de 1970 implica ser una pionera y ser parte de un grupo sobre todo formado por hombres en proceso de cambio. Para ellas, la gesta revolucionaria es una emulación, una motivación a superar miedos y temores, a superarse a sí mismas, a llevar a cabo acciones y actos nunca antes imaginados, en pos de un objetivo común y colectivo. Esto es así también para los hombres. Lo radicalmente diferente para las mujeres es que ellas van a deconstruir estereotipos de auto- y hetero-representación, y tejer variantes de estos en colaboración con sus homólogos masculinos, tal y como lo describe Pablo Monsanto en su libro *Somos los jóvenes rebeldes: Guatemala insurgente* (Monsanto, 2013) cuando habla de la incorporación de Rosa María a la guerrilla:

Se convierte en incentivo y un elemento que llama la atención de la población y un reto para los colaboradores y simpatizantes, pues para la actitud machista se convierte en acicate para poner en práctica la valentía y disposición a participar directamente en las actividades armadas.

[...] La presencia de la primera mujer en las filas guerrilleras también despierta nuevas formas de relación interna dentro de la guerrilla y un sentimiento de solidaridad y apoyo hacia ella en particular, y una atención respetuosa y especial a todas las mujeres de la población.¹¹

La entrada del otro género en las filas revolucionarias activas fue estimulante para todos, un gran desafío a las normas sociales imperantes así como una alentadora aventura para la sociedad en su conjunto. En este contexto hubo mujeres, como escribe Yolanda Colom, que “desarrollaron dotes activistas y organizadoras”. También surgieron dirigentes populares y cuadros políticos femeninos a diferentes niveles. Y dice “la mayoría de ellas pasan desapercibidas pero no por ello su capacidad y aporte es menor” (Colom, 1998: 325).

El hecho es que la gesta de las mujeres, de no ser relatada por ellas no lo habría sido de otra forma. Y si hoy podemos hablar de ello aquí y de sus experiencias (diferentes de las de los hombres) es porque algunas han podido escribir su testimonio y publicarlo.

En cuanto a la forma narrativa utilizada, si bien todos los relatos pertenecen a la narrativa testimonial, presentan entre ellos variantes notables. El libro de Ricardo Ramírez no se escribe en primera persona del singular, sino que recrea una voz colectiva. El sujeto principal es el grupo revolucionario, en particular el frente, desde el que emanan las cartas dirigidas a un público francófono e italiano. La función de este libro es informar de las acciones del frente, explicar la posición de este y recaudar fondos para la causa. Manual de estrategia política, explica las tácticas utilizadas a través del empleo de lenguaje técnico, práctico y politizado. Realiza una crítica marxista de la sociedad guatemalteca a la vez que presenta el ideal del *hombre revolucionario*, como lo muestran estas palabras describiendo a Luis Turcios y la guerrilla:

¹¹ (Monsanto, 2013: 252) Citado por M. Gabriela Vázquez Olivera en “Hilvanar los recuerdos con la historia”, ensayo que antecede al relato de Mirna Paiz Cárcamo, (Paiz Cárcamo, 2015: 75)

Turcios era un hombre extraordinario, pero no hay que considerarlo como una personalidad aislada de su pueblo y de sus corrientes revolucionarias que han formado la coyuntura histórica y social de la que él emana. Turcios ha sido la manifestación y la síntesis de lo mejor de sus expresiones, que sabía traducir particularmente bien en el terreno práctico. Ha sido un precursor, un representante y un ejecutante de las concepciones más audaces y más radicales que existen, todavía fragmentarias, entre los obreros militantes del Partido, los Indios, los oprimidos y explotados que cristalizaron definitivamente en la acción organizada, consciente, ininterrumpida, de la guerra popular revolucionaria de nuestro país. [...]

La guerra del pueblo es el camino sin equívoco de la revolución, pero no es una marcha triunfal. En el transcurso de esta guerra podemos equivocarnos, y habrá que volver a empezar hasta convertirnos **en revolucionarios y en hombres**, como decía el Che. Nos toca crear la realidad que Turcios afirmaba y preveía.¹²

Convertirse “en revolucionarios y en hombres”, ese es el objetivo del “pueblo”. Las mujeres, no mencionadas entre los grupos minorizados, son sobreentendidas, por ello mismo se encuentran ocultadas y por lo tanto olvidadas. Una mitad de la humanidad se esconde tras un término que pretende englobarla y en realidad la excluye: “hombre” aspira a ser un sustantivo colectivo pero lleva incrustado el valor exclusivo [NO MUJER] derivado de la fórmula [+HUMANO] = [HOMBRE] \wedge [MUJER], donde uno descarta al otro. Las mujeres son las ausentes, porque no son mencionadas. Esta crítica puede hacerse ahora, desde nuestro presente, después de algunas décadas de reflexión sobre nuestras prácticas lingüísticas y la praxis general en torno al tratamiento de las mujeres en la sociedad. En los 70 el uso de la palabra “hombre” para la colectividad empezaba solamente a ser repensado.

Este empleo generalizado y excesivamente generoso del masculino como universal se puede observar también en el relato coetáneo *Rosa María o la mujer en la guerrilla*. El texto autobiográfico de Mirna Paiz abre con estas palabras:

Bueno, la verdad es que eso de precisar, con fecha y todo cuando ha comenzado uno a militar en las filas revolucionarias, tiene sus dificultades. A veces, sucede en forma casi casual; quiero decir que a menudo uno no ha estudiado libros al respecto antes de ligarse a la lucha, ni ha previsto que va a unirse a ella. Esto es común, sobre todo, en momentos como aquel que vivía en Guatemala cuando tuve mis primeros contactos con los compañeros de combate. Puede pasar (y este es mi

¹² (Ramirez, 1970: 226-227) Traducción y negrita nuestras. “Turcios était un homme extraordinaire, mais il ne faut pas le considérer comme une personne isolée de son peuple et des courants révolutionnaires qui ont formé la conjoncture historique et sociale d'où il est issu. Turcios a été la manifestation et la synthèse du meilleur de leurs expressions, qu'il savait particulièrement bien traduire sur le terrain de la pratique. Il fut un précurseur, un représentant et un exécutant des conceptions les plus audacieuses et les plus radicales qui existent, encore fragmentaires, parmi les ouvriers militants, les paysans combattants du Parti, les Indiens, opprimés et exploités, qui se cristalliseront définitivement dans l'action organisée, consciente, ininterrompue, de la guerre populaire révolutionnaire de notre pays. [...] La guerre du peuple est le chemin sans équivoque de la révolution, mais ce n'est pas une marche triomphale. Au cours de cette guerre on peut se tromper, et il faudra recommencer jusqu'à devenir des révolutionnaires et des hommes, comme disait le Che. C'est à nous que revient de créer la réalité que Turcios affirmait et prévoyait”.

caso) que a través de un amigo, de un conocido o de un pariente tome una relación con la organización revolucionaria. Después viene aquello de que uno se plantea qué es lo que piensa sobre el movimiento, en qué medida podría uno también participar, etc. (Paiz Cárcamo, 2015:115-116).

Sin especificar quién escribe, pensaríamos, naturalmente, que es un hombre; por el empleo del pronombre “uno” para referirse a sí misma en vez de “una”. ¿Por qué “uno”? Porque era considerado epiceno. Porque el masculino lo sustituye todo, porque es neutro, porque es lo general. Pero aunque se emplee de manera excesiva este género en el libro, resalta ya desde el título el hecho de que sea una mujer la que se encuentra en la guerrilla.

Su testimonio estaba abocado a dar cuenta del funcionamiento de la guerrilla, de su manejo con la base campesina, de las formaciones de los nuevos integrantes, etc. En su libro no se hace mención alguna de su embarazo ni de su maternidad, aunque lo escribió en Cuba habiendo ya dado a luz. Tampoco habla de su relación amorosa. Se ciñe a su práctica militante y revolucionaria, en particular a su vida en la montaña. El marco de referencia lo daba la coyuntura histórica, en la que se producirían a partir de entonces múltiples testimonios, historias del pueblo en armas para reescribir la Historia. Le habían precedido *La guerra de guerrillas* y *Pasajes de la guerra revolucionaria cubana*, de Ernesto “Che” Guevara, los libros de Ricardo Ramírez, la incipiente producción sandinista... Ambrosio Fornet (Fornet, 1967) acuña la apelación “literatura de campaña” para estos relatos en primera persona donde se escribe la memoria del “guerrillero”. Asistimos a la escritura de un sujeto épico masculino de nuevo tipo (Duchesne Winter, 1992), que se desarrollará en las siguientes décadas (Palazón, 2010). Cabe resaltar que el género masculino es el imperante, el que se escribe y publica, pues aunque el testimonio de Mirna Paiz está escrito en 1969 no se edita hasta el 2015.

Indiscutiblemente *Lettres du front guatémaltèque* y *Los días de la selva* tienen como punto en común narrar la experiencia guerrillera guatemalteca. Aunque el estilo panfletario del primer texto contraste con el trabajo poético del segundo, los dos presentan este nuevo protagonista masculino involucrado en la revolución. Héroe, o aspirante a héroe, esta figura protagónica es una y varios a la vez. Mario Payeras lo enuncia claramente: los jóvenes revolucionarios son presentados como mártires, pues dan su juventud y su vida por la guerrilla (Payeras, 1980: 54). El centro de gravedad político es la búsqueda colectiva del bien común, de la felicidad compartida. Los revolucionarios aspiran a una vida mejor, un futuro más igualitario para la sociedad en su conjunto, así como mejora de las condiciones de vida en general. Estas metas solo pueden alcanzarse, según ellos, a través de la lucha armada, y es precisamente esta la que se narra, la que toma cuerpo-s y nombre-s en cada hombre y cada mujer que salió a empuñar el fusil en la selva. Aunque las (d)escriben hombres, pero esto no es nuevo.

Unos treinta años separan la escritura por parte de hombres de la de las mujeres, con excepción del texto de Elisabeth Burgos, donde narra la vida y obra de Rigoberta Menchú y de su *pueblo*; y del de Silvia Solórzano *Mujer alzada*, libro de propaganda para incitar a las mujeres a ir a la montaña, publicado en 1989.

En cambio, los testimonios de Yolanda Colom y de Aura Marina Arriola son relatos de post-conflicto, escritos después del fracaso de la revolución. Ambos textos aspiran a dar una visión *femenina* de la lucha y del después: una mirada de mujer.

Así pues, escribe Ana María Cofiño, editora, a propósito de *Mujeres en la alborada*:

A manera de etnografía, sin pretenderlo quizá, une la descripción subjetiva y el análisis sociológico, para darnos un panorama muy detallado de la comunidad guerrillera y su entorno, del paisaje de la selva, sus habitantes y secretos. Nos lleva a ver muy de cerca la mentalidad que muchas jóvenes de entonces compartían a través de ideales, valores y sueños. Entre líneas y a las claras, encontramos descripciones sobre las condiciones de vida de las mujeres, tanto del campo como de los centros urbanos, y aunque la lente sea personal, no faltan los exámenes objetivos de la realidad. Sus apreciaciones y juicios coinciden con corrientes de pensamiento comunes en la Latinoamérica de entonces. En este sentido, es una obra de su tiempo. (Colom, 1998: 17)

Este énfasis por dar su punto de vista personal y de género fue impulsado, en el caso de Yolanda Colom, por un encuentro con Bobby Ortiz, editora estadounidense. Esta y Norma Stoltz Chinchilla, las dos académicas y feministas, incitaron a la autora a relatar su experiencia subjetiva, personal e intransferible, tal y como ella lo vivió.

En cuanto al texto de Aura Marina Arriola, ella misma dice haberlo escrito incitada por amigos y personas cercanas, para que su verdad pudiera ser leída. Lo publica en el 2000, en las Ediciones El Pensativo, en Guatemala. *Ese obstinado sobrevivir*, subtítulo "auto-etnografía de una mujer guatemalteca" narra la vida de esta mujer desde su nacimiento hasta el año 1999, cuando termina la redacción del relato. Dos hijos, uno de ellos muerto antes de tiempo, varios compañeros y años de sufrimiento, una larga experiencia en la lucha armada y desarmada, numerosos viajes en tres continentes diferentes hicieron de su protagonista la mujer ideal para promover la solidaridad con el movimiento revolucionario guatemalteco en Europa y para darlo a conocer. Crítica con este, con su vida, con sus ideales, con su puesta en práctica, Aura Marina Arriola fallece poco después en México, tierra de exilio que supo acogerla durante toda su vida. En su libro narra la evolución del pensamiento revolucionario, los actos que no persiguen los sueños a partir de los que se originaron, las duras condiciones de vida de los guerrilleros, en la base, en la montaña, en la ciudad, en el exilio. Su vida, pero con una mirada retrospectiva, ¿cómo no?, con una distancia propia de la edad, de la reflexión y de la observación a partir de su formación como etnógrafa. Evidentemente es una visión subjetiva, aunque trabajada desde la auto-crítica:

Y en ese proceso saqué el dolor de tantas experiencias acumuladas y tantas veces analizadas en el silencio de las noches. La reflexión autocrítica ha sido una de las constantes de mi vida, que me ha permitido seguir mi brújula interior a pesar de las incertidumbres y las dudas (Arriola, 2000: 123).

Es una visión de mujer, como su prologuista René Poitevin apunta, presentándolo como metonimia de la historia de los guatemaltecos: “Este es el testimonio lúcido de una mujer que vivió y sufrió intensamente y que fue protagonista y víctima de nuestra historia, que es por supuesto también la historia que nos alcanza a todos como pueblo”. (Arriola, 2000: 10)

Una segunda presentación corre a cargo de su hijo Ricardo Ramírez, el único todavía con vida. Este pone de relieve uno de los objetivos del relato: la “recuperación de la memoria” (Arriola, 2000: 11) en pos de una sociedad que integre todas las diversas memorias, “una nueva cultura, la de la tolerancia, está en ciernes”. Efectivamente:

Ese obstinado sobrevivir recoge fragmentos de la epopeya revolucionaria y popular guatemalteca, donde de manera sin igual y unidos por un sueño común se entretejieron historias, dolores, vidas y anhelos de personas tan heterogéneas en sus raíces y proveniencias y especialmente las mujeres indígenas, ladinas y garífunas; guatemaltecas e internacionalistas; jóvenes y ancianas; de cosmovisión maya, católicas, ateas evangélicas y protestantes.

Aura Marina Arriola es parte de estos hilos multicolores que tejerán nuestra memoria y con esta, nuestro futuro. (Arriola 2000, p.12)

Como podemos observar, se pone de manifiesto el hecho de que sea una mujer la que escribe, y que su escritura pueda difractar la historia de otras mujeres. La importancia acordada a “las mujeres”, “la mujer”, es parte de nuestro tiempo, de nuestras políticas culturales, impulsadas por feministas (hombres y mujeres). Y si se incita a las mujeres a escribir su experiencia (en el caso de que hayan sido testigos y actrices –en el sentido de tomar parte en la acción– de grandes eventos históricos) todavía son los hombres los que legitiman los libros de Aura Marina Arriola y Yolanda Colom. Tal y como si de una “era de la incredulidad” se tratase, estos escritos vienen ultracertificados y avalados principalmente por figuras masculinas: el sistema patriarcal sigue vigente, aunque se debilita. El testimonio recién publicado de *Rosa María* se viste de un paratexto firmado en femenino y esto es señal de empoderamiento simbólico. Los valores revolucionarios tal vez afloren aquí y allí, ahora, cuando menos los esperamos.

La memoria de esta gesta se escribe en clave de género: primero en masculino, ahora se explica en femenino. Este hilo narrativo testimonial, aunque sea espejo de una memoria inestable, olvidadiza y reestructurante, permite tejer el pasado y el presente dando perspectivas de futuro. Es también una reconstrucción social, la escena que posibilita representaciones alternativas a la visión de los vencedores. Todas las autoras vivieron la guerra, actuaron en la guerrilla, perdieron a familiares y amigos en el

camino, vivieron en el margen del camino trazado en la sociedad para las mujeres aunque ninguna dejó de hacer lo que en tanto que mujer podían realizar en la vida: vivir la experiencia de la maternidad. Fueron mujeres pero también representaron actitudes masculinas. Todas establecen en sus testimonios que en la selva la brecha de género se reduce, aunque no desaparece; y todas resultaron marcadas en su fuero interno, cuerpo y mente, por esta experiencia.

La guerrilla empezó a asentar bases para una sociedad más igualitaria y a veces los roles fueron compartidos e intercambiados, pero una vez terminada esta, las mujeres se vieron abocadas a ocupar un lugar en la sociedad en acuerdo con los estereotipos anteriores o a vivir en los márgenes de esta.

No obstante, sus vivencias, incorporadas, les ayudaron a seguir luchando por una situación más central en la sociedad, lo que podemos observar en la mera publicación de sus testimonios. Sus voces, sus puntos de vista, sus vidas, han sido finalmente escritas y reconocidas y sus gestas y andanzas no caen en el olvido.

Bibliografía citada

- Arriola, A.M., (2000). *Ese obstinado sobrevivir. Autoetnografía de una mujer guatemalteca*. Ediciones del Pensativo, Guatemala.
- Bergère, M. et al., (2006). *Genre et événement: du masculin et du féminin en histoire des crises et des conflits*. Rennes: Presses universitaires de Rennes.
- Chevillot, F. Norris, A. (2007). *Des femmes écrivent la guerre*. Paris: Complicités.
- Colom, Y., (1998). *Mujeres en la alborada*. Artemis y Edinter.
- Connell, R.W., (1995). *Masculinities*. Cambridge :UK: Polity Press.
- Díaz Narbona, I; Aragón Varo, A. (2005). *Otras mujeres, otras literaturas*. Manzanares El Real, Madrid: Ediciones Zanzibar.
- Duchesne Winter, J., (1992). *Narraciones de testimonio en América Latina: cinco estudios*. Río Piedras : P.R.: Editorial de la Universidad de Puerto Rico.
- Equipe, d'accueil A., (2012). *Femmes, écritures et enfermements en Amérique latine*. Pessac: Presses Universitaires de Bordeaux.
- Fornet, A., (1967). *En blanco y negro*. La Habana, Cuba: Instituto del Libro.
- Gramsci, A., (1967). *La formación de los intelectuales*. México, D.F.: Editorial Grijalbo, S. A.
- Guareschi, M. y Guerri, M., (2007). La métamorphose du guerrier. *Cultures y Conflits*. (67)131-155.
- Kipling, R., (1915). "France at war". *Daily Telegraph (London)*.
- Kipling, R. et al., (1915). *The new army in training*. London: Macmillan.
- Kipling, R., Bury, L. y Weber, O., (2014). *La France en guerre*. Paris: les Belles lettres.
- Marx, K. y Engels, F., (2013). *Manifiesto del Partido Comunista*. Madrid: Fundación de Investigaciones Marxistas.
- Monsanto, P., (2013). *Somos los jóvenes rebeldes: Guatemala insurgente*. Guatemala: FyG Editores.
- Mosse, G.L. y Hechter, M., (1997). *L'image de l'homme: l'invention de la virilité moderne*. Paris: Abbeville.
- Paiz Cárcamo, M., y Vázquez Olivera, M. Gabriela, (2015). *Rosa María, una mujer en la guerrilla. Relatos de la insurgencia guatemalteca en los años sesenta*. Mexico: Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe: Universidad Nacional Autónoma de México. (Juan Pablos, Editor).

- Palazón, G.D., (2010). *Memoria y escrituras de Nicaragua. Cultura y discurso testimonial en la Revolución Sandinista*. Editions Publibook.
- Payeras, M., (1980). *Los días de la selva*. La Habana: Casa de las Américas.
- Ramirez, C., (2000). *La Guerra de los 36 años: vista con ojos de mujer de izquierda*. Guatemala: Editorial De León Palacios.
- Ramirez, R., (1969). *Autobiografía di una guerriglia: Guatemala 1960-1968*. Milano: Feltrinelli.
- Ramirez, R., (1970). *Lettres du front guatémaltèque*. Paris: Francois Maspero.
- Revenin, R. y Corbin, A. eds., (2007). *Hommes et masculinités de 1789 à nos jours: contributions à l'histoire du genre et de la sexualité en France*. Paris: Autrement.
- Thébaud, F. y Duby, G., (2002). *Histoire des femmes en Occident, V. Le XXe siècle*. Paris: Perrin.
- Thébaud, F. y Perrot, M., (1986). *La femme au temps de la guerre de 14*. Paris: Stock.
- Welzer-Lang, D. y Zaouche-Gaudron, C. eds., (2011). *Masculinités: état des lieux*. Toulouse: Érès.